

Anocheecer de Seducción.

A. Glez



Capítulo 1

¿Qué será esa irresistible peculiaridad del anochecer que me priva del adormecer?

Atrapa en su espesa oscuridad. Somete las palabras al silencio del dormir. Asfixia al aliento con el suspiro del día que se va. Seduce con el misterio del día que vendrá.

Durante su acontecer, concilia el ayer con el mañana; mientras, su presente, el descanso reclama. Mas, me ha de negar todo reposo. En franqueza, me lo ofrece y yo lo desprecio.

Deseo contemplar la noche, por entero, durante su estadía. Hasta le busco durante el día. Su estancia me parece corta, apenas llega, se marcha; como si anduviera de prisa, y tuviera que estar puntual, al otro lado del mundo, por la mañana.

Quisiera que las horas de oscuridad se prolongaran más que las que se iluminan. Será por ello, la afección que siento por lo sombrío del invierno.

Apenas, el ocaso se advierte en el horizonte, anticipo su llegada conteniendo la pasión de mis afectos frente a la sobriedad de su temple; que aparenta juzgar la vida como efímera, ante lo inminente de la muerte.

¿Qué será eso que encuentro en la noche, que sea incomparable con el día? Me agrada en demasía ver la luz brillante del día.

El sol, cual soberano, castigando los ojos con su resplandor a quien ose observarle con directa atención; y la piel, ardiendo bajo las flamas de su antorcha, que nunca ha conocido la compasión.

Oír el comunicar de melodía de las aves atrapadas, a voluntad, entre faroles de luces apagadas. Sea regocijo de mis oídos su destino con alas de desgracia; de los engorros de la humanidad, su vuelo no les salva.

Las hojas que se aferran a las ramas, mientras anuncian al viento enloquecido con su alarmante tiritar descontento.

La humedad de la tierra permeando mis vestiduras cuando, irresistible, voy a sentir la aspereza del pasto que resiente el olvido; ignora si pertenece al desierto o a lo fértil y enverdecido.

El advertir de una mariposa de insensible despiste; en comodidad de la

frialdad, hasta el otoño extiende su estadía, creyéndole primavera tardía.

Aún, si es sobrado lo bello en lo natural del día; sea el anochecer que me envuelve en los misterios de su candoroso abismo y ante su umbral, la vertiginosa razón decide saltar en profunda rendición.

A la noche entrego mis desvelos y le confieso mis anhelos. Descubre lo que ni el ilustre día, de mi, conoce. Quisiera poder evitar la emoción ansiosa pensando en lo provocante de su lóbrega caricia. Esa, que se escabulle entre penumbras; como ladrón que, a hurtadillas, va sigiloso, y consigue apoderarse de lo más valioso.

La curiosidad se rehúsa a dormir, se mantiene alerta. Falla en ocultar su añorar por saber los secretos que el pensamiento, con receloso susurrar, confiesa al anochecer; sin olvidar designar como su guardián, al viento. Mas, cuando subestima la vulnerabilidad de lo confeso, considera bastante la protección del lienzo.

En su arribo, procura la sorpresa; nunca falla en asombrarme con lo sublime de su llegada. Hoy, la luna creciente al sur, pendiente de un cielo limpio, que se pinta de un azul anochecido. El astro nocturno, ante su comparada pequeñez, ignora intimidaciones y se viste del brillante reflejo solar que nunca se va; pues, a la noche tampoco se resiste y se queda escondido a admirar, mas lo delata lo ardiente de su contemplar. Al poniente, el ocaso cediendo el paso, indeciso entre lo triste y lo iluminado, en lo alto; mientras, del llano horizonte, se aferra lo ensangrentado y el agua salada le lava, hasta desvanecer lo herido. Naturales puestas en escena, todas, convergiendo en una obra soberbia; juraría, tendría que ser de autoría divina.

Emergen las sensaciones de nostalgia, buscando refugio en lo familiar de la pacífica brisa marina; sales que, en su roce, todo corroen con habitual serenidad. Acaecida afinidad sin maldad, con las lágrimas que eluden el arrebatarse, aún, en soledad. La humedad salada se hace densa; como la incertidumbre de las promesas del mañana, como las memorias al olvido del día que se acaba.

El anhelo entrañable se hace presente; los pensamientos anticipan con emoción su momento, es de ellos, ese tiempo.

Fascinación encuentro en los misterios del sueño; qué será, si será, qué se habrá de revelar. Lo imposible alcanzando realidad; lo aprisionado consiguiendo libertad.

Mas, el anochecer me seduce; sabe cómo mantener despierto mi interés. Sin pronunciar palabra, sin dudar, conoce mi pensar. Ese que vaga entre lo absurdo, sin censura, ignorando de lo sensato, toda medida. Con su silencio, invita a salir hasta el pensamiento mejor escondido; ese que vive

en el hospicio del desquicio.

Su oscuridad se une con la mía, la unión se difumina; lo sombrío domina. En su oscura profundidad, reclama la libertad del ser en su intimidad. Demanda al pensamiento que le brinde auxilio; el pensar, en obediente complacer, hace uso de las palabras en intento de conseguir liberar lo íntimo del ser.

El celoso anochecer, el sueño se lleva; el descanso, de mí, aleja. Confabula con el insomnio; en complicidad, urden planes para mi agotamiento. Quisiera rechazar su hechizante caricia de sosiego y aceptar los cortejos del noble y emocionante sueño. Mas, todo anhelo es más sincero que sensato. Entonces, me convenzo que lo más sensato es optar por lo sincero; sean meras argucias del sentimiento burlando al pensamiento. Yo qué sé; la cordura nunca ha sido bien recibida en la estancia nocturna. Si no, ¿qué hago extendiendo, a Dios, cordiales invitaciones en lugar de merecidos reproches, todas las noches?

Nada es gozo, nada es tristeza; mero suspiro de armonía que se confunde en un simple contemplar con reflejo de melancolía. Contemplación del qué será, si será, si aparecerás; si instigarás al más desquiciado de mis pensamientos para que se deje de esconder, así, como bien lo sabe hacer el anochecer.